



Francisco Caamaño

el comandante en jefe de la sublevación. Donde quiera que había un problema, él intervenía...

—La entrada de los yanquis alteró sustancialmente la situación. ¿Cómo vivisteis aquellos días en los que ya no era posible la victoria que poco antes parecía segura?

—Cuando entraron los marines, nosotros no aceptamos ninguna de sus condiciones. Teníamos nuestra zona de diecisiete cuadras y declaramos que si los yanquis entraban en ella íbamos a salir para dar la batalla hasta el último hombre. Incluso pensábamos quemar la ciudad, para que allí no quedase nada. Pero el tiempo fue haciendo insostenible nuestra posición y tuvimos que llegar a las negociaciones, después de una batalla en la que hubo miles de muertos. Fueron días terribles y preciosos. Supongo que algo así debió de ser la Comuna de París. En toda la llamada Ciudad Nueva —que es, en realidad, la parte antigua— nada era de nadie; allí era todo de todo el mundo. Si tú no tenías camisa, pues yo te daba la mía; la gente comía donde había comida; si me hacían falta balas, pues me iba al otro comando; si necesitaba gasolina, la pedía... Había un servicio de abastecimiento. Y, aun cuando existían diferentes partidos, a la hora de una orden, todo el mundo ocupaba el puesto que le correspondía. Por la noche, la gente cantaba en la puerta de su casa o se reunía con los suyos, pero, apenas sonaba un tiro, dejaba la guitarra y se iba al sitio asignado. Desde un punto de vista quizá un poco idealista, era una cosa preciosa. Era una zona liberada, una zona nuestra, donde no había más problemas que los derivados del carácter de la gente, como, por ejemplo, que uno quisiera darle a la bebida, que otro le dijera que no debía hacerlo, porque luego no podría agarrar el fusil, hasta que

venían los del orden y rompían la botella... Por lo demás, no había ningún tipo de problema. Cuando alguien se sentía enfermo, iba a las clínicas y hospitales de la zona y los médicos le atendían sin cobrar nada. Las medicinas que se conseguían se entregaban a esos centros para que las repartieran. Incluso venían personas pobres de la otra zona. Así hasta que, a partir de la entrega de nuestra zona a García Godoy, los yanquis, pese a que se había firmado un pacto, la ocuparon militarmente.

Salir para volver... y morir

“Las negociaciones impusieron la salida de Caamaño y la de Wessing y Wessing para dar paso a unas elecciones. Pero Caamaño salió, destinado como agregado militar a la Embajada de Santo Domingo en Londres, dispuesto a volver y convencido de que tendría que pelear cuando llegara. Tenía muy claro que la causa de los males estaba en el imperialismo y que éste no iba a ser puesto en cuestión por las elecciones, sometidas a las limitaciones de siempre, sobre todo en países como el nuestro. En la Embajada de Londres estubo hasta noviembre de mil novecientos sesenta y siete, en cuya fecha entra —y yo con él— en la clandestinidad. Durante varios años, Román se prepara para la guerrilla. Sabía que la lucha sería a largo plazo y que los problemas debían ser abordados de un modo práctico. De ahí su entrenamiento físico. Por eso era capaz de probar una mochila durante un mes, quizá para concluir que no era la mejor del mundo o que tenía tales o cuales inconvenientes. Calculó el número máximo de kilos que debía llevar un guerrillero y los problemas que suponían para la columna el excederlos. Los zapatos y los calcetines tenían unas características especiales.



El coronel Caamaño cuando era jefe de las fuerzas rebeldes y, a su derecha, uno de sus colaboradores, Héctor Aristy.